

tiene Satanás infinitos ministros que no cesan de echar leña á carretadas de malas palabras, de malos consejos, de infernales deseos, de consideraciones torpes, escribiendo para esto libros de amores, sonetos, lirás y otras canciones profanas en mucho detrimento de las almas. Lo segundo, que por razón del oficio me corre particular obligación, y al fin por no dejar manca esta obra, en la cual he trabajado de encender fuego no cebándole, me determiné de añadir este capítulo, que será como un monte de leña con que cada uno podrá sustentar y cebar el amor en el altar de su corazón. Y dejadas á una parte muchas consideraciones, que sirven como de gavillas y haces de leña para sustentar el fuego que Dios enciende y quiere que arda, de solas siete trataré al presente, á las cuales con facilidad se pueden reducir las demás todas.



CONSIDERACIÓN PRIMERA

DE LA MUCHEDUMBRE DE COSAS QUE NOS
INCITAN Y PROVOCAN AL AMOR DIVINO

LAS cosas que nos inducen, mueven y obligan al amor de Dios, son casi infinitas; mas, dejando á una parte lo que en el caso trata la Escritura, que toda ella se funda en caridad y se ocupa en exhortarnos á esta virtud (como saben los que de ordinario la leen), dando por ningunas y de ningún valor nuestras obras si no se fundan en ella, y sin hablar del precepto del amor, tantas veces y con tan severas y rigurosas palabras intimado á todos los hijos de los hombres no menos que con pena de muerte eterna, dos cosas nos convidan y fuerzan á todos los hombres sin diferencia al amor de Dios. La primera, nuestra propia naturaleza dotada de razón. La segunda, todas las criaturas, sin quedar ninguna de cuantas Dios crió. Tanto es esto verdad, que llegó á decir San Bernardo estas pala-

bras (1): *Ningún hombre, aunque sea infiel, tiene excusa de no amar á Dios de todo corazón.* Porque clama la justicia criada y nacida con la misma razón, «que Aquel debe ser de todo en todo amado de todos al cual conoce debérsele todo». Mas ¿para qué otro fin fué criado, destinado, llamado, convidado, traído y arrebatado el hombre, sino para los matrimoniales abrazos y ósculos de su Dios? De aquí es que, aunque el amor sea tan libre que á nadie por fuerza se le pueda sacar, no es tanto que al albedrío de la razón que dicta ó de la voluntad que manda le podamos tomar ó dejar. Que queramos que no, somos inclinados á amar el sumo Bien. Claramente lo dijo esto Boecio (2): Naturalmente está ingerido en nosotros un deseo: amor y codicia del sumo Bien, al cual como por fuerza nos quieren llevar todas las criaturas». *El Cielo y la Tierra y cuanto hay en ellos, dice el gran Padre Agustino, me dan gritos que te ame, Señor mío; y son éstas voces tan grandes, que bastan á dejarnos á todos sin excusa si no te amamos.* Y ¿qué es este mundo todo sino una hornaza de brasas encendidísimas, que nos calientan y encienden en el divino amor, en la cual, el que permaneciere frío, perecerá para siempre?

(1) *Inexcusabilis est omnis etiam infidelis, si non diligit Deum ex toto corde.* — Bernardus, *De diligendo Deum.*

(2) *Inserta est nobis naturaliter summi Boni² cupiditas, et dilectio.*

Es Dios como centro del amor, y el peso de ese mismo amor lleva á Dios toda criatura. Es tan amable, que en su modo le aman todas las criaturas sensibles é insensibles. ¿Qué son las inclinaciones naturales de las cosas, sino unos amores con que son llevadas á Dios? Pero por su imperfección no llegan al sumo Bien increado, y así paran y se detienen en el bien criado y participado del sumo Bien. ¿Qué es la gravedad en la piedra, sino amor al centro? ¿Qué la ligereza en el fuego, sino amor de la esfera? Aquel se llama absolutamente Bien que todas las cosas apetecen; y así, aquel apetito natural que hay en ellas, en cierta manera se puede llamar amor, aunque (como ya dijimos) la naturaleza, insensible por su imperfección, no puede llegar á este bien inconmutable, que es Dios; pero el hombre y el ángel sí. Dijo galanamente San Agustín que *el amor era el peso de su alma, y que allí era llevado donde él le llevaba.* De manera que el propio lugar de la piedra es el centro, y el centro de nuestra alma es Dios. ¡Oh, si imitásemos, los que tenemos razón, á las irracionales é insensibles piedras! Cosa, por cierto, es de admiración ver una roca cortada de una alta sierra con qué furia, con qué ruido, con qué ligereza baja al lugar acomodado para su descanso! Todo lo que topa en el camino desmenuza y quebranta, y sin detenimiento alguno pasa á su centro. Roca poderosísima era aquella que, caminando para Dios, ni la angustia,

ni la hambre, ni la desnudez, ni la persecución, ni el cuchillo, ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni las virtudes, ni las cosas presentes, ni las por venir, ni la fortaleza, ni la alteza, ni la profundidad, ni alguna otra criatura pudieron impedir ó retardar su camino (1). Maravilloso peso, digno de tan santa y pura alma como la del Apóstol, el cual con tanto ímpetu le lleva, rompiendo dificultades hasta llegar á su centro, que es Dios. Aquí, aquí, alma mía, aquí descansarás, como el fuego en su esfera y como la piedra en su centro; que fuera de aquí no hay descanso, ni le busques, que no le hallarás. No es posible estar sin dolores y desasosiego el brazo desencajado de su lugar y coyuntura, ni el alma fuera de Dios.

Si se tomase sobre este caso el dicho de los amadores del mundo y de las cosas que hay en él, ¿qué no nos contarían de tragedias y amarguras? Y, verdaderamente, todas las criaturas nos dan de bofetadas, y con afrenta grande nos echan de sí, y en voces altas parece que nos están diciendo: «Hombrecillos, ¿para qué os llegáis á nosotras, que no somos el bien que buscáis ó debéis buscar? Andad vuestro camino, buscad vuestro centro y lugar de reposo, que en nosotras ni le hay ni le puede haber». Con todo esto, somos tan ciegos, tan locos y desatinados,

(1) Rom., 8.

que resistiéndonos las criaturas las abrazamos, y afrentándonos las regalamos, y contra su voluntad las detenemos; si huyen, las seguimos; y siendo todas diputadas para nuestro servicio, á fuerza de brazos las hacemos señoras nuestras, y á nosotros sus esclavos. Tanta es nuestra ceguera y locura. Gran milagro, horrendo milagro, y milagro diabólico, dejar los hombres de amar á su Dios y no caminar á Él con ímpetu y ligereza, como á verdadero centro, detenidos en pajas, y á veces en nada. ¿Quién no se espantará de ver una gran peña suspensa y colgada en el aire sin impedimento alguno? Pues de mayor espanto es ver un alma criada para Dios, suspensa en el aire de la vanidad y detenerse en una liviana paja de un punto de honra ó de otro interés mundano, y ser por esto privada del sumo Bien. ¡Oh centro divino, oh bien infinito, infinitamente atractivo! ¿Quién me detiene de no ir á Ti? ¿Quién impide mi camino? ¿Quién retarda mi carrera? ¡Oh qué gran peso es el del pecado, que así apesga las almas para que no suban á buscar su esfera, que es Dios! ¡Oh qué carga tan intolerable la de nuestra carne, y qué velo tan espeso, pues nos impide la vista de Dios! ¿Quién me detiene, que no te rasgo con mis propias manos, para ver y descansar en Aquel que ama mi alma? ¡Oh guarda de los hombres! ¿Por qué me *pusiste contrario á Ti*, y soy hecho á mí mismo pesado? ¿Por qué no quitas ya mi pecado y destierras de mí mi iniquidad?

¡Ay de mí, que tan de buena gana ando vagueando por las criaturas tras unas gotas de agua turbia, que, no solamente no matan mi sed, sino antes la encienden y despiertan más, y dejo aquella limpísima y perdurable fuente de todos los bienes, adonde solamente puedo apagar mi sed y satisfacer el hambre que mi alma padece de su verdadero y sempiterno bien!



CONSIDERACIÓN SEGUNDA

DE LA SANTIDAD GRANDE DE DIOS

LA segunda gavilla y haz de leña para cebar el fuego divino, la habemos de cortar y sacar del altísimo monte de la suavidad de Dios, porque esta consideración grandemente despierta en nosotros y mueve la parte concupiscible de nuestra alma. Y por principio y fundamento se ha de notar que Dios excede y se aventaja infinitamente á todo lo concupiscible que hay en el Cielo y en la Tierra, y deleita sobre todo lo deleitable. Esto consta y se ve claro por muchas razones.

1. La primera, porque todas las cosas están en Dios en sumo grado; de donde se sigue que si el soberbio desea honra, el codicioso y avaro riquezas, el perezoso quietud y holganza, el goloso y lujurioso deleites; si pusiesen su amor en Dios, y lo buscasen en Él, lo hallarían mejor y más aventajado que en las criaturas todas, sin pecado y sin mezcla de imperfección; porque

eminentemente está en Él todo lo que es de gusto y deleite. Y así fué que, pidiendo Moisés á este Señor que se dejase ver de él, le respondió (1): *Yo te mostraré todo el bien*, conviene á saber: honesto, útil y deleitable. Y Salomón confiesa (2) que *con este sólo bien le vinieron todos los bienes*.

Con esta consideración exclama San Anselmo diciendo: «Despierta ahora, ánima mía, levanta tu entendimiento y, cuanto puedes, piensa con atención cuán deleitable sea aquel Bien que en sí contiene la suavidad y deleite de todos los bienes. Si es agradable la vida criada, ¿cuánto más lo será la criadora esencia? Si es deleitable la vida hecha, ¿cuánto más deleitable será la que hizo todas las cosas? Si es amable la ciencia de las criaturas, ¿cuánto más lo será la de las cosas increadas? ¿Para qué andas vagueando en muchas cosas, buscando bienes criados? Ama un Bien en quien están todos los bienes, y ese te basta». *¿Por qué empleáis, dice Isaías (3), vuestro dinero, y no en pan, y vuestro trabajo, y no en hartura?* Sobre el caso llama Dios á los cielos y quiere que se pasmen, y que todo el mundo conozca nuestra locura y desatino (4). «Dos males, dice Él, ha hecho mi pueblo: el uno

(1) Exod., 33.

(2) Prov., 6.

(3) Isai., 55.

(4) Hier., 2.

fué dejarme á Mí, que soy fuente de agua viva; y el otro, que se ha puesto á cavar unos aljibes y cisternas rotas, que no pueden detener las aguas».

Discurramos por todos los estados y modos de vivir que hay en el mundo, y hallaremos que todo lo que de codicia y deleite se halla en ellos es como agua en aljibe roto, que, cuando pensáis que tenéis algo, se os ha ido por cien mil desaguaderos, y al fin os quedáis con mayor sed. Pregunta San Bernardo: «¿Qué es la causa por que nuestra alma hambrea tanto y nunca puede verse harta?» Y respóndese él mismo diciendo: que el ánima tiene su propio manjar y bebida, y cuando no come ni bebe lo que según su naturaleza le conviene, forzosamente ha de mendigar el sustento ajeno, sin poder jamás matar su hambre ni apagar su sed». ¡Oh si gustásemos las consolaciones divinas y los regalos del espíritu, cómo no andaríamos á la bellota como puercos! Pero, como nos olvidamos de nuestro verdadero sustento, traemos un hambre canina y anda nuestra alma seca como un escarzo y transida de sed.

Decía el Profeta (1): *Secóse mi corazón, porque me he olvidado de comer mi pan*. Pinta San Bernardo esta rabiosa hambre con admirable arti-

(1) *Aruit cor meum quia oblitus sum comedere panem meum.*—Ps. 101.

ficio. Dice (1) que vió cinco hombres, á su parecer frenéticos y sin ningún juicio, porque todos comían manjares muy ajenos de lo que era conveniente siendo hombres. El primero comía á dos carrillos la arena de la mar. El segundo, puesto sobre un lago de piedra azufre, con grande ansia atraía á sí aquel vapor y exhalación hediondísima, y de ello se sustentaba. El tercero estaba muy alegre sobre un horno de fuego encendidísimo, comiendo las chispas y centellas que de él salían. El cuarto estaba sobre un capitel muy alto, y, abierta la boca, recibía y tragaba el aire fresco y delgado, y, cuando no corría de suyo, con un abanillo le hacía correr; porque no podía vivir sin aire. El quinto estaba apartado un poco de éstos, escarneciendo y burlando de ellos, siendo el más digno de risa y escarnio de todos, porque con su propia boca se comía á sí mismo y despedazaba sus carnes. «Compadeciéndome yo (dice Bernardo) de tan miserable gente, deseando saber la razón por qué estos hombres, tan sin ella, comían tales cosas, fuéme respondido que la *mucha hambre que padecían era causa de esto*. «¡Oh Dios eterno, quién tuviera vuestro divino espíritu para declarar con gran sentimiento esta parábola, de suerte que, de sólo leerla, quedaran los lectores confusos y avergonzados! ¡Qué mayor miseria

(1) S. Bern. in suis declamationibus.

para una criatura racional redimida con sangre de Dios y criada para el cielo que comer arena, vapores de piedra azufre, llamas de fuego, el viento, y sus propias carnes! Pues ¿piensa el mundano que come otras comidas mejores que éstas? ¿Qué come el avariento sino arena y tierra? ¿Qué come el carnal y sucio sino vapores y heredina de alcrevite ó piedra azufre? ¿Qué come el vengativo sino centellas de fuego, que le abrasan las entrañas? ¿Qué come el soberbio sino aire de vanidad, de honra y estimación propia? ¿Qué come el envidioso, que le pesa el bien ajeno, sino sus propias carnes? Desventurados de nosotros, que tan estragados traemos los gustos y tan olvidados andamos de nuestro propio mantenimiento, que es Dios, en el cual sólo halla el alma verdadera hartura con deleite, porque es tan de codiciar que excede infinitamente á todas las cosas del mundo que lo son, y es bien tan universal, que ninguno de cuantos se pueden desear le falta.

2. La segunda razón de este exceso está én que Dios es fuente perdurable de todas las cosas concupiscibles; y todo lo deleitable y de codiciar que hay en las criaturas son no más que unos arroyuelos, ó, por decirlo cierto, unas goticas que se destilan de esta increada fuente. Y ¿quién duda que se aventaje la fuente al arroyo, y la causa á su efecto? Discurre por todas las cosas que deleitan, y acude luego al principio, y verás la suavidad y deleite que hallas en él.

Si el panal es dulce por la dulcedumbre que hay en él, ¿cuánto más dulce será la dulcedumbre que le hizo dulce? Si el pan es sabroso por el sabor que tiene mezclado, ¿cuánto más sabroso será el mismo sabor? Si el oro deleita por la hermosura artificial que le puso el platero, ¿cuánto más deleitará la misma hermosura? Pues sepa el alma que todo lo dulce, todo lo sabroso, todo lo hermoso, todo lo precioso y todo lo agradable que hay en las criaturas es (como ya dije) no más que unas gotas de aquel infinito Océano que esencialmente es hermosura, dulcedumbre, sabor, bondad, sabiduría, consolación, descanso, gozo, alegría, paz perdurable, fuente de vida y gloria verdadera.

3. La tercera razón de este exceso es, porque este sumo Bien es todo substancial, y los otros no más que accidente; éste es bien simplemente y por esencia, los demás por participación y accidentalmente. De donde se sigue que, si el deleite es bien, el mayor deleite será mayor bien, y el deleite con exceso será excesivo bien; luego, el sumo Bien, ventaja hará á todos los bienes. En los *Proverbios* se escribe (1): «Todas las cosas que se pueden codiciar y desear, no se pueden comparar con Él de ningún modo de comparación; porque, en respecto de este infinito Bien, todas las bondades de las criaturas son nada». San Jerónimo dice: *Todo nuestro ser no*

(1) Prov., 8.

es ser, si se compara con el divino y eterno Ser.
 ¿No miras, ánima mía, cuán de codiciar es el que te digo que codicies y ames? Bueno es el oro y buenas las riquezas, dice San Agustín; pues si un peso de plata le codicias porque es bueno, tanto más le codiciarás si es oro, cuanto el oro se aventaja á la plata. Pues si se hallase cosa que mil millones de veces fuese más buena que el oro, ¿no estarías, según razón, obligada á codiciarla y á amarla otras tantas veces más que al oro? Pues si Dios es infinito Bien, y con infinitas ventajas excede al oro y á todos los bienes, ¿no te parece que te obliga á recoger en uno el amor que repartes en todos los bienes, y dárselo á Él sólo, infinitas veces más bueno que todos? ¿Que vagueaciones son éstas, alma mía? ¿En qué andas buscando bienes? Busca sólo este Bien en quien están todos los bienes, y bástate, como dijo Anselmo; porque si estás enferma y flaca, Él te será fortaleza; si codiciosa de saber grandes secretos, Él te será infinita sabiduría, que al fin Él es *á todos todas las cosas*: á los menesterosos, liberalidad; misericordia á los míseros; sanidad á los enfermos; salvamento á los que perecen; benignidad á los fugitivos; alteza á los grandes; riqueza á los avarientos; deleite á los regalones y delicados, y á los cansados descanso. Y, finalmente, es para todos lo que cada uno ha menester; porque, como fuente, llena los deseos de todos. Mas ¡qué engaño tan grande, andarse un alma tras los bienes de

la tierra, dejado este sumo y sempiterno Bien! Aquéllos deleitan particularmente, éste en general; aquéllos superficialmente; éste penetra el corazón y empápase en el alma, porque sólo la puede penetrar; aquéllos, á tiempos y con límites nos recrean; éste eternalmente y sin fin. Éste ninguno le pierde, sino el que quiere perderle; los otros, de las manos se os cogen y desaparecen aunque no queráis. Séate, pues, ¡oh ánimo mial amargo más que el acíbar todo lo dulce del mundo, por que sólo Dios te sepa bien y te haga buen gusto. No busques consolaciones en las cosas de la tierra, por que todo corras al amor de Señor tan amable y deleitable. Y, si no puedes codiciar y desear de todo corazón este tan inmenso bien, á lo menos *desea y codicia*, con el Profeta, *desearle y codiciarle*.



CONSIDERACIÓN TERCERA

DE LAS PERFECCIONES DIVINAS,
Y PARTICULARMENTE DE LA BONDAD DE DIOS

DIJIMOS de la suavidad de Dios, y cuán de codiciar es para el alma; digamos aquí algo de sus perfecciones y bondad; porque sin duda es la leña en que mejor prende y se ceba el fuego del amor. El bien conocido es el objeto propio de la voluntad; ahora bien, como ya otras veces hemos dicho, aquél es propiamente bien que todas las cosas codician y apetecen. Pues si de razón del bien es ser amado, siendo Dios esencialmente bueno, y la misma bondad, y aun, como dijo Cristo, ninguno merece este nombre de *bueno sino sólo Él*, ¿qué razón hay para que, conociéndole por el entendimiento, no se vaya desalada tras de Él nuestra voluntad? Es Dios bondad tan infinita y pura, tan amable y deseable, tan graciosa y de tanta excelencia, que, en su comparación, toda bondad criada no merece este nombre ni es nada. El mismo juicio se debe hacer de los demás atributos y perfecciones de

Dios; porque es tal, que ninguna cosa mayor ni mejor se puede pensar ni imaginar. Él es primer Ser eterno, inmenso y absolutamente perfecto. De manera que cualquiera cosa que hace y pertenece á nobleza, eminencia, perfección y bienaventuranza de ser, todo le conviene y pertenece por infinitas razones plenísima y simplicísimamente á Dios. Al fin, toda perfección criada en su comparación es imperfección, y por eso se llama sólo Dios, sólo Señor, sólo Santo, sólo Bueno y sólo Inmortal. ¿Cómo, pues, no te amamos, Dios nuestro? ¿Cómo no te amamos, Señor de las criaturas, si te consideramos inmenso, infinito ó incomprendible, y sobre todas las cosas en todo género de perfección perfectísimo? Aunque nada de lo que criaste hubieras criado, sino que toda esta máquina por sí se sustentara y de sí tuviera ser lo que es, estábamos obligados á amarte sobre todas las cosas. Porque la naturaleza racional, que todas las considera y hace juicio de ellas, según que por grados halla que se diferencian unas de otras, á las que tienen más de bondad forzosamente ha de dar más de alabanza. Así que, más se debe alabar el sol que la luna; más la luna que el lucero; más el alba que la noche; más la rosa y azucena que la violeta, y esto sólo con el discurso de la razón; porque de suyo son mejores estas cosas unas que otras. Pues si á las cosas más principales, aunque de ellas no recibamos provecho, honramos con más aventajado provecho, á

Dios, que es sobre todas admirable y precioso, principalmente le debemos honrar, amar y servir, aunque, como tengo dicho, ningún bien de su mano hubiéramos recibido. ¿Quién no tuviera por loco y desatinado al que antepusiera al oro las margaritas, y al bálsamo suavísimo los guijarros y pajas vilísimas de este suelo? Pues ¿cuánto más loco y ciego y de juicio más trastornado y pervertido es aquel que pospone el Bien infinito, increado y excelentísimo á las cosas criadas, caducas y perecederas, amando éstas, buscándolas y suspirando por ellas?

Pero dejado esto á una parte, aunque para amar á Dios hay infinitas razones que hacen fuerza á la criatura racional, principalmente se ha de amar *por quien Él es*. El seráfico doctor San Buenaventura, con un galano é ingenioso discurso, prueba que, sobre todas las cosas, Dios debe ser por Sí mismo amado. Su discurso es éste: «De todas las cosas amables, lo amantísimo es la vida y bienaventuranza; entre todas, la amabilísima es el amor; sobre todas, la dignísima de ser amada es Dios. De aquí es que, siendo Dios bienaventurado, subsistente, viviente y amor, debe ser sobre todo amado». Y, verdaderamente, fuera de razón es que una cosa sea dignísima de ser amada y que no sea en sí amabilísima; cosa indigna, que lo que juntamente es dignísimo de ser amado y amabilísimo, no se ame en grado superlativo. Pues si Dios es vida y esencialmente vida, y de donde

se deriva la que tienen las cosas que viven; y es bienaventurado, y por quien lo son los que lo son en el Cielo; y es amor infinito y eterno, y de quien se derivan los amores de todas las criaturas que saben amar, ¿por qué no será amabilísimo y amantísimo, pues es dignísimo de ser amado por quien es? No ama el varón perfecto á Dios sólo por el premio y retribución, ni por otro algún respecto de beneficios y dádivas, sino por sí mismo; que el verdadero amor en sí mismo y de sí mismo se engendra. Así decía San Bernardo: *Amo, porque amo; amo, para amar.*

Al santo profeta David levantan algunos testimonio, diciendo que servía á Dios por el premio que esperaba, como el demonio se lo levantó á Job cuando dijo (1): *¿Por ventura teme y sirve Job á Dios de balde?* Y ésa fué la razón por qué le quitó Dios, ó permitió que le quitase el demonio todos los bienes y la salud; para que se echase de ver que no por aquellas cosas le servía, temía y amaba, sino por Sí mismo. Alegan los que motejan de interesal á David por abonar sus intereses, aquel verso del salmo 118, donde dice: *Incliné mi corazón á la observancia de vuestros mandamientos por la retribución.* Y es lo bueno, que no dice que guardó los mandamientos ni que obró justicia ó justificaciones por el premio, sino que inclinó el corazón. Y, en

(1) Job, 1.

verdad, que diferencia hay entre inclinar yo mi corazón al servicio de Dios considerando el premio que me tiene aparejado, á servirle sólo por el premio; que lo uno es interés puro, y lo otro amor puro. No es malo, sino muy bueno, despertar yo mi alma y mi corazón, que se mueve con la consideración del premio, poniéndole delante el que Dios tiene aparejado para los que le aman y temen. La razón por qué Dios se ha de amar por sí mismo y no por otro respecto, es porque, si esto no fuese, no le amaríamos con otro más aventajado modo de amor que el con que amamos el caballo, y el perro, y la hacienda; las cuales cosas queremos bien por nosotros. Y si por mi provecho amase á Dios y le sirviese, ó por la bienaventuranza que me ha de dar, y por los beneficios solos que de Él espero, haría ilícitamente, ó, por lo menos, imperfectamente, porque esto sería ordenar á Dios á las criaturas; pues en cuanto me es útil, y no más, le quiero; lo cual es contra toda razón y justicia. San Agustín dice que el amor con que alguno ama á Dios por respeto temporal, es *afrentoso*; porque antepone á Él aquella temporalidad que tiene por fin en su amor. Ciertamente, más amo yo la hacienda que á Dios, si por la hacienda amo á Dios. De aquí es, como dice este sagrado doctor, «que los buenos usan de este mundo por gozar de Dios, y los malos usan de Dios por gozar del mundo». A éstos llama Santiago *sabios de sabiduría terrena, animal y diabólica*; porque

aman tierra, aman carne y aman á Dios, pero las dos primeras cosas principalmente, y á Dios por el interés, y es propio de demonios. «Verdaderamente (dice Hugo), mayor injuria haces á la caridad y amor de Dios si recibes sus dones y no le das amor en agradecimiento por ellos, que si no los recibieses». Por tanto, ó no los recibas (si puedes pasarte sin ellos), ó, si los recibes, procura pagarlos con amor. Ama á Dios y ámate á ti, y ama los dones de Dios por Dios. Ámale á Él para gozarle, y ámate á ti para que seas amado de Él. Y por que concluyamos con esta consideración, oye lo que dice el devotísimo Bernardo: «El alma que ama las cosas temporales, sucia está é indigna es del amor de su Dios, que con amor se las da».



CONSIDERACIÓN CUARTA

DE LOS BENEFICIOS DIVINOS

SI los beneficios son incentivos y motivos para amar al bienhechor, no se podrá llamar éste haz de leña, sino monte espesísimo y espaciosísimo, por ser tantos. Ni había de quedar cosa en el hombre que no arda en amor de aquel gran Señor de quien todo lo ha recibido, no con otro fin de que en ellos y por ellos le amen. Testigo es Séneca, que los perros aman á quien les hace bien; y los gatos, como nota Santo Tomás, abrazan y hacen caricias á su bienhechor; y la oveja, con sola la facultad estimativa, huye del lobo y sigue á su pastor; pues ¿cómo el alma ha de ser ingrata á tan liberalísimo bienhechor como es Dios? Si por un pequeño beneficio naturalmente amamos á cualquiera hombrecillo de quien le recibimos, ¿cuánto debemos amar á aquel Señor que no una vez, sino muchas, nos ha obligado y obliga cada día con beneficios no pequeños, sino de gran valor y precio? Verdaderamente deja atónita y como ahogada el alma